

5. HIJOS DE DESAPARECIDOS. ENTRE LA CONSTRUCCIÓN DE LA POLÍTICA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA

Pablo Daniel Bonaldi

"Mucho tiempo tardé en descubrir que en realidad la culpa de todo no la tenía tanto la desaparición de mis padres como lo que los demás habíamos hecho con eso."

Josefina ¹

A mediados de la década de los años noventa un grupo de jóvenes irrumpió en la escena política argentina. No era numéricamente significativo pero consiguió hacerse escuchar. Insistían con el reclamo de justicia para las violaciones a los derechos humanos y reivindicaban la militancia política de los años setenta. Se trataba de la agrupación H.I.J.O.S. —Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio—, que reunía a los hijos de desaparecidos, asesinados, ex presos políticos o exiliados por la represión de la última dictadura militar (1976-1983).²

¹ Testimonio de una hija de desaparecidos citado en Gelman y Lamedrid (1997: 320).

² El corpus empírico de esta investigación surgió de la observación y participación en los encuentros, reuniones y actividades de la regional Capital Federal de H.I.J.O.S. entre los meses de julio de 2001 y abril de 2002, y de una serie de entrevistas a jóvenes que participaban en ese momento o habían participado en la agrupación, y a hijos de desaparecidos que habían mantenido una actitud más distante. También se analizaron las publicaciones, documentos y otros materiales de difusión elaborados por H.I.J.O.S. y las notas periodísticas aparecidas en distintos medios de comunicación.

A más de diez años de concluido el gobierno militar estos jóvenes consiguieron articularse colectivamente, revitalizar el movimiento de derechos humanos e intervenir de manera activa en las disputas por el sentido que se le otorga al pasado. Sus acciones pueden ser interpretadas también como parte de una lucha por construir y legitimar una nueva identidad social, como un intento por convertir una identidad no estándar en algo aceptable y digno de ser vivido.³

LA FORMACIÓN DE LA AGRUPACIÓN H.I.J.O.S.

Entre fines de 1994 y comienzos de 1995, se realizaron en la ciudad de La Plata varios homenajes a las personas asesinadas y desaparecidas durante la última dictadura militar, donde se encontraron algunos hijos de desaparecidos. Estos eventos permitieron el encuentro de algunos hijos de desaparecidos, quienes se conocieron y tomaron la palabra para contar sus historias. La fuerte carga emotiva de sus relatos los convirtió en el centro de atención de los homenajes. En esas ocasiones no eran más que una veintena de hijos, pero la experiencia de contar sus historias en público fue tan impactante y conmovedora que suscitó en ellos la idea de organizarse para hacer escuchar las voces de su generación. A los homenajes les sucedieron otras reuniones informales hasta que en Semana Santa de 1995, organizaron un campamento en la provincia de Córdoba, convocando a hijos de distintos puntos del país. Allí surgió la agrupación H.I.J.O.S.⁴

³ Los estudios sobre nuevos movimientos sociales coinciden en señalar que sus acciones colectivas no deben ser interpretadas únicamente como parte de una estrategia política. Sus luchas buscan también dotar de sentido y de ahí que sean tan autorreflexivos sobre sus formas organizativas y ofrezcan tanto espacio para las acciones expresivas de sus miembros (Calhoun, 1999; Jelin, 1985; Melucci, 1989).

⁴ Usaremos la forma abreviada HJ para referirnos a la agrupación H.I.J.O.S. y a los jóvenes que militan en ella. Utilizaremos la palabra *hijos* con minúscula para aludir al conjunto más amplio de los hijos de desaparecidos, ya sea que militen o no en la agrupación.

En octubre de 1995 realizaron un segundo campamento en Córdoba al que asistieron alrededor de 300 integrantes. Para entonces ya contaban con 14 regionales en distintas ciudades del país. HJ fue desde el comienzo una red nacional, donde cada regional contaba con autonomía suficiente para decidir sus actividades y la mejor forma de funcionar según las características del contexto local.⁵ Todo ello dentro del marco de un conjunto de lineamientos básicos que fueron acordados colectivamente a nivel nacional.⁶

¿Por qué HJ se creó en 1995 y no antes, a pesar de que había habido otros intentos previos de reunirlos? Una primera razón tiene que ver con la edad de sus miembros. Nacidos la mayor parte de ellos en los años previos o inmediatamente posteriores al golpe militar de 1976, tenían a mediados de los años noventa la edad en la que comienza a plantearse la militancia política o social como una alternativa posible. Por otro lado, el hecho de aproximarse a la edad que tenían sus padres en el momento de la muerte o desaparición también tuvo un fuerte

⁵ Uno de los puntos sobre el cual no existía pleno acuerdo era sobre quiénes tenían derecho a integrar la agrupación. Si bien había un cierto consenso en que reuniría a hijos de cuatro orígenes diferentes: desaparecidos, asesinados, presos políticos y exiliados por la última dictadura militar, existían diferencias entre las regionales. Algunas permitían el ingreso de población que no cumpliera necesariamente con esa condición ("población abierta"), mientras que otras lo restringían exclusivamente a esos cuatro orígenes. Excepcionalmente, alguna regional reconocía como miembros solamente a los hijos de desaparecidos y asesinados por la dictadura.

⁶ En un comunicado de prensa difundido luego del segundo campamento nacional señalaban cuáles eran los lineamientos básicos de la organización: "Exigimos la reconstrucción histórica individual y colectiva / Trabajamos para lograr, a través de la condena social, una condena legal que dé cárcel a los asesinos responsables del genocidio de la generación de nuestros padres / Exigimos la restitución de nuestros hermanos apropiados durante la dictadura militar / Rechazamos la teoría de los 'dos demonios' y la posibilidad de una reconciliación con los asesinos y sus cómplices / Reafirmamos nuestra independencia partidaria e institucional / Reivindicamos el espíritu de la lucha de nuestros padres". Comunicado de prensa de H.I.J.O.S., Córdoba, 19-10-1995.

efecto movilizador sobre estos jóvenes.⁷ También incidió el contexto político. Durante la primera mitad de la década del 90 el tema de la violencia del terrorismo de Estado no había ocupado un lugar relevante en la agenda pública, pero el año 1995 fue un punto de inflexión. En los meses previos a la formación de HJ varios represores habían confesado públicamente sus crímenes amparados en la impunidad que le otorgaban ciertas leyes.⁸ Por su parte, el Jefe del Ejército Martín Balza realizó una autocrítica institucional en la que reconoció públicamente que se habían cometido errores en el pasado. Estas declaraciones contribuyeron a reinstalar el tema de las violaciones a los derechos humanos y crearon un espacio propicio para la expresión de nuevos actores. En ese contexto los HJ hallaron un terreno moralmente fértil para entrar en escena, obtener reconocimiento y ganar legitimidad (Catela, 2001).

En ese contexto histórico se realizaron los primeros encuentros que dieron lugar a la formación de la agrupación. Sobre esos encuentros se construyó un relato colectivo que contribuyó a modelar el perfil de la nueva identidad social y las características que tendría la agrupación. Según sus testimonios, no se conocían de antes y una de las cosas que los sorprendió fue ver cuántos eran en la misma situación. Como señala una de las entrevistadas: "Yo creía que los 30.000 desaparecidos habían tenido una sola hija, que era yo".⁹ Los sorprendió también

⁷ A diferencia de lo que ocurre en situaciones "normales" donde los hijos crecen viendo envejecer a sus padres, los hijos de desaparecidos tienen una imagen de sus padres que surge de las fotografías que atesoran de ellos y en tal sentido es una imagen que está congelada en el tiempo. La edad de sus padres al momento de ser secuestrados o asesinados constituye un hito, una marca que los hijos siempre tienen presente y con la cual no pueden evitar compararse.

⁸ El caso más sonado fue el de Adolfo Scilingo, quien confesó que durante la dictadura se arrojaba desde los aviones a personas vivas al Río de la Plata. Ese testimonio y los detalles de cómo se produjo pueden consultarse en Verbitsky (1995).

⁹ En los casos en que no se cita una fuente diferente, las declaraciones de los hijos corresponden a entrevistas realizadas por mí entre los meses de julio de 2001 y abril de 2002.

descubrir que vivencias y sensaciones que ellos consideraban únicas y personales, aparecían en boca de otros jóvenes. Verse reflejados en las historias de otros hijos generó un sentimiento de identificación y de pertenencia muy fuerte.¹⁰

La intensidad y el lujo de detalles con que se narran esos encuentros dejan entrever que no eran percibidos como una simple reunión de jóvenes que habían pasado por experiencias similares, sino que había en ellos algo especial y trascendente. Hay un fuerte discurso moral que atraviesa y organiza esos relatos. Tanto los primeros encuentros como la conformación de HJ son vividos como algo reparador, como un poner las cosas en su lugar, comenzar a recuperar algo que se había perdido en las últimas dos décadas. Juntarse con otros hijos, reconstruir la historia de sus padres, poder contarla en público, son todos pasos en dirección al restablecimiento de un equilibrio perdido. No faltan tampoco las metáforas de la familia que se vuelve a reunir después de un largo período de dispersión. Los hermanos vuelven a estar juntos.¹¹ De este modo, los HJ recrean o reinventan una identidad surgida de la filiación con las víctimas de la represión. Esa tarea resultaba tanto más sencilla y con mayores probabilidades de éxito en la medida en que se apoyaba en una construcción que ya habían realizado otros organismos de DD.HH.¹² Más que crear un lazo nuevo, los HJ sienten

¹⁰ Señalemos brevemente que esa experiencia de fuerte identificación era similar a la que las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo utilizaron para describir sus primeras reuniones.

¹¹ En el plano de las metáforas familiares estos jóvenes disponen, para nombrar la relación entre ellos, de una categoría con la cual no contaban ni las madres ni las abuelas, el conjunto de hijos, al encontrarse, se inventan como *hermanos*. Para una explicación de la fuerza de las metáforas familiares en los organismos de DD.HH. puede consultarse Filc (1997).

¹² Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, fundamentalmente, se habían conformado en torno de la vinculación biológica o de sangre con los desaparecidos. No obstante, cabe recordar que la conformación de una identidad social no es nunca el resultado de la simple activación de un atributo individual preexistente, sino que se construye subjetivamente a través de la participación en un grupo y en relación con un otro.

que están redescubriendo un lazo que existía desde antes. Como señala Juan Corradi: “la memoria produce también el placer de la *comunitas* como algo más amplio que uno mismo, un sentido de confraternidad intacta a través del tiempo y el espacio” (Corradi, 2001).

A partir del acercamiento a HJ, estos jóvenes realizan una relectura de su pasado, de lo que significó crecer siendo hijos de desaparecidos. Sus infancias y adolescencias aparecen tan marcadas por la ausencia de sus padres como por los silencios en torno de ésta. Al mirar hacia atrás recuerdan sobre todo aquellas situaciones en las que su historia familiar los hacía sentirse raros y extraños, estableciendo una barrera que dificultaba la comunicación con el resto de las personas. En tanto toda vuelta al pasado, es una reconstrucción marcada por los intereses y los conflictos que se dan en el presente, el modo en que recuerdan su infancia pone énfasis en los momentos de silencio y de incompreensión. Esta reconstrucción encaja perfectamente con la fascinación que les provocaron los primeros encuentros. Llegaron a HJ y descubrieron un lugar en donde no se sentían extraños, en el cual podían ser entendidos sin necesidad de hablar. La lectura del pasado ofrece elementos de identificación grupal con algunos y de diferenciación con otros. El “otro” es todo aquel que no es hijo de desaparecidos y, por ende, no puede comprender cabalmente por lo que ellos pasaron. Este esfuerzo por construir la identidad de “hijos” en tanto diferentes del resto, de los no-hijos, se plasmó en la creencia, muy mentada en esos primeros tiempos, de que los hijos eran capaces de reconocerse y comunicarse a través de la mirada.¹³

La fuerza que adquirió ese relato colectivo no debiera ocultar que el mismo era producto de una construcción social conflictiva capaz de expresar mejor los intereses y necesidades de algunos antes que los de otros. Como tendremos oportunidad de mostrar, los hijos distaban de ser un grupo homogéneo y es

¹³ “La Mirada” fue precisamente el nombre que dieron a su primera publicación. Allí explicaban la fuerza que tenía el contacto visual como forma de comprensión y reconocimiento entre quienes eran *hijos*.

factible suponer que ese relato colectivo tenía menor capacidad para interpelar a aquellos hijos que ya habían tenido contactos y reuniones previas con otros hijos y, por ende, no compartían el discurso de la sorpresa y la fascinación de los primeros encuentros, a la vez que tampoco coincidían con la idea de seguir planteando una separación tajante entre los familiares de las víctimas y el resto de la población.

La filial Capital Federal de HJ se formó con jóvenes que tenían entre 20 y 25 años, aunque había algunos de más edad.¹⁴ Su composición era casi exclusivamente de clase media y varios estaban iniciando estudios universitarios. En su mayoría eran hijos de militantes de las formaciones guerrilleras o de organizaciones cercanas y prácticamente no había hijos de obreros o de dirigentes sindicales desaparecidos. En los primeros tiempos, el núcleo de la invitación a participar en HJ no era la adhesión o la militancia en un determinado proyecto político sino que se convocaba desde el lugar de la tragedia en la historia familiar. La condición de ser hijo de desaparecidos, de asesinados, de ex detenidos o de exiliados por razones políticas era un aval y un motivo suficiente para acercarse a la agrupación, lo cual terminó reuniendo a un conjunto de individuos con trayectorias, expectativas e intereses muy heterogéneos. Algunos habían militado previamente en distintas organizaciones, otros hacían allí su primer contacto con la política. Unos consideraban que HJ debía ser una agrupación capaz de luchar por objetivos políticos, formulando demandas e imponiendo consignas; otros priorizaban el espacio de la contención y la sociabilidad entre sus miembros. No faltaron tampoco quienes se acercaron a HJ como un paso necesario en la reconstrucción de su propia historia personal.

La formación de HJ operó como un imán capaz de atraer a un número importante de hijos. No obstante, la fuerza de la convocatoria resultó ser muy superior a la capacidad de la agru-

¹⁴ Entre los propios miembros de HJ se popularizó la expresión “hijosaurios” para referirse a los más grandes. El uso de esa categoría revela la atipicidad de aquellas personas que siendo hijos no eran jóvenes.

pación para retenerlos. Una característica de esos primeros tiempos fue la altísima rotación de sus miembros. Semana tras semana se sumaban hijos nuevos, mientras que otros tomaban distancia. Por entonces no había control alguno sobre el ingreso a la agrupación. No existía una instancia de admisión o recepción. El número de asistentes a las asambleas era variable y rondaba entre 40 y 70. Las más numerosas llegaron a reunir más de 100 personas. Pero se calcula que en esos años pasaron por las reuniones de HJ entre 500 y 1.000 personas diferentes. De una asamblea a otra era frecuente dejar de ver algunas caras conocidas y comenzar a ver caras nuevas. Como señala una de las entrevistadas, "HJ era literalmente una máquina de expulsar gente".

Contrariamente a la imagen idílica, el HJ de la primera época fue incapaz de retener a la mayor parte de las personas que se acercaron. Algunos, los menos, consiguieron permanecer en la agrupación y fueron los que contribuyeron a la construcción de ese relato de HJ como un lugar acogedor donde era posible hallar una comprensión plena con sólo mirarse. Otros, la mayoría, se quedaron durante algún tiempo, que podía variar desde un par de reuniones hasta algunos meses, y luego se distanciaron. ¿Cómo se dio esa selección? ¿Quiénes quedaron en la agrupación y por qué se fueron los que se fueron? ¿Por qué algunos hijos ni siquiera llegaron a acercarse a HJ? Las causas y los motivos que llevaron a unos y otros a quedarse o irse de la agrupación fueron múltiples. Sin embargo, un análisis de la forma de organización interna, de los consensos y conflictos que moldearon ese espacio colectivo en los primeros años puede contribuir a explicar por qué la participación resultó más atractiva para unos que para otros.

En las reuniones fundacionales se acordó que en HJ no habría autoridades ni jerarquías. Se buscaba evitar personalismos y mantener una situación de igualdad entre los miembros. Las decisiones se tomarían en asambleas semanales en las que participarían todos. No obstante, esos primeros años estuvieron marcados por discusiones políticas muy intensas y no siempre en los mejores términos. La voz cantante la llevaban aquellos que tenían personalidades más fuertes o experiencia de mili-

tancia previa y las asambleas resultaban extenuantes e interminables, sin lograr delinear una línea política clara.

La resistencia a reconocer y a admitir la formación de dirigentes o de un cuerpo colegiado capaz de asumir las tareas de dirección no ayudó a procesar las diferencias internas y contribuyó a acentuar los conflictos y la desorganización dentro de la agrupación. Las diferencias se planteaban en términos extremos. Por un lado, se intentaba convertir a HJ en una agrupación política con características de vanguardia capaz de formular planteos radicalizados en contra de los gobiernos de turno. Por otro lado, se insistía en la necesidad de reforzar la identidad en tanto HJ, enfatizando las actividades que lograran consenso y la generación de un espacio de contención para los miembros de la agrupación. Cuando las posiciones se polarizaban, los últimos acusaban a los primeros de adoptar posturas dogmáticas proponiendo la revolución y la necesidad de tirar abajo el Estado para politizar y llevar al extremo todas las cuestiones. A su vez, los primeros los acusaban de ser demasiado "tibios" y de traicionar lo que habían sido los ideales y la lucha de sus padres, los descalificaban por considerar que buscaban armar un grupo de autoayuda en donde encontrar complicidades para echarse a llorar.¹⁵

Pero estas dificultades para acordar una estrategia de acción política y las disputas internas fueron sólo una cara de la moneda. La otra cara fue la creación de una fuerte identidad grupal que convirtió a HJ en un lugar de intensa socialización.¹⁶

¹⁵ Antes señalamos que la identidad en tanto HJ no había conseguido eliminar las enormes diferencias que existían entre ellos. Visto desde otra perspectiva, podríamos plantear que fue precisamente la fortaleza de esa identidad lo que permitió que diferencias tan marcadas pudieran coexistir durante varios años en la misma agrupación.

¹⁶ En los primeros meses de 1996, al poco tiempo de haberse creado la agrupación, comenzó a publicarse un boletín de difusión interna que se llamaba *El ombligo* y que en los primeros números llevaba el subtítulo aclaratorio "de HIJOS para HIJOS". Este boletín se publicaba semanalmente y se repartía en las asambleas. Contenía un resumen de las actividades de la se-

Paralelamente a las reuniones de asambleas y comisiones de trabajo se fueron creando espacios informales de interacción que sirvieron para reforzar los lazos de amistad y de pertenencia grupal. Básicamente, comenzó a formarse un grupo más estable que compartía gran cantidad de tiempo en reuniones, discutiendo de política, organizando actividades, pero también se encontraban para charlar sobre sus vidas privadas, ver películas o acordar salidas conjuntas, a veces en grupos grandes, otras veces más reducidos. Un rasgo propio de los HJ en ese momento es que concurrían "en barra" a cualquier reunión o evento al que se los invitara. Compartían no sólo el tiempo de militancia sino también el de esparcimiento, sin que los límites entre uno y otro resultaran demasiado claros.

Para una parte de los miembros, HJ se convirtió en el lugar de pertenencia. Un ámbito donde hallar una fuerte contención social y al que estaban dispuestos a dedicarle una importante cantidad de tiempo. El ingreso implicó una cierta resocialización antes que la simple adhesión a una agrupación. Los hijos relatan su incorporación como una suerte de conversión que los llevó en muchos casos a abandonar amistades anteriores o dejar de frecuentar ciertos lugares para volcarse de lleno a las actividades de HJ. Un claro indicador de ello fue la ruptura de noviazgos y relaciones de pareja previos para comprometerse con alguien del nuevo grupo. Pero el ámbito de la pareja no era la excepción. En general cortaron o redujeron sus vínculos con "el exterior" para volcarse por completo a las nuevas relaciones dentro del grupo. Esta forma de relacionarse se correspondía con esa lectura mágica y encantada de la formación de HJ que analizamos al comienzo. La construcción del sentimien-

mana, una selección de artículos de diarios relacionados con la agrupación o con el tema de DD.HH., humor gráfico, opiniones, comentarios, debates pero también poesías, escritos y dibujos que realizaban los propios HJ. El esfuerzo puesto en crear y sostener regularmente esta publicación interna —que fue anterior inclusive a la elaboración de un periódico de difusión externa— revela el interés y la preocupación de al menos una parte de los miembros por fortalecer los lazos sociales dentro del grupo.

to de colectividad fue tan fuerte que no resultaba fácil una participación limitada o con una lógica más instrumental. Uno de los rasgos comunes de quienes lograron permanecer más tiempo en la agrupación fue que aceptaron rápidamente y sin vacilar poner la identidad de HJ muy por encima de cualquier otra identidad posible. Ello contribuyó a reforzar la cohesión del grupo más activo, pero comenzó a crear una distancia cada vez mayor con respecto a quienes, teniendo interés en participar, no comulgaban con la idea de plantear la identidad de HJ como un rasgo decisivo en la vida de las personas que las convertía automáticamente en diferentes del resto. Algunos de los entrevistados que se acercaron a HJ en esos primeros años, pero que finalmente no se terminaron quedando, disentían profundamente con este discurso que *esencializaba* la condición de hijos de desaparecidos como si existiera una ligazón natural entre aquellos que sufrieron el secuestro o asesinato de sus padres. Más bien la consideraban como una idea que era preciso desterrar.

Quienes terminaron participando más activamente en HJ no eran un grupo homogéneo políticamente. Sus intereses y expectativas con respecto a la agrupación eran muy distintos, pero más allá de esas diferencias este grupo compartía un conjunto de actitudes o disposiciones, que los llevaba a preferir lo informal a lo formal, la transgresión a la disciplina, la improvisación a lo estructurado, lo homogéneo a las jerarquías, y que quizás en ningún lugar se expresaban tan claramente como en los gustos y en las elecciones estéticas que realizaban, en el modo de vestirse, en la música que escuchaban, en los bares que elegían, en el tipo de fiestas que organizaban. Esas disposiciones se expresaron también en las características que terminó asumiendo la agrupación. Una cierta inclinación por las transgresiones, la propensión a desplazarse "en barra" y algunos encontronazos y refriegas con la policía fueron suficientes para que HJ se formara una imagen de "barderos".¹⁷ No corresponde

¹⁷ El término *bardo* es muy frecuente en el discurso de los jóvenes pero su significado no es unívoco ni fácil de definir. Silvia Citro señala que puede aplicarse "tanto a situaciones de fiesta, descontrol, diversión en las que

acá juzgar cuán exactamente encajaba HJ en la definición de *barderos*. Lo relevante es que el adjetivo fue utilizado por varias personas externas a la agrupación para describir el comportamiento de los HJ en esos primeros años. Algunas de sus actividades pueden ser mejor comprendidas si se las piensa a la luz de estos esquemas de percepción y apreciación compartidos por el grupo.

Este conjunto de disposiciones contribuyó a reforzar la cohesión grupal de quienes participaban más activamente pues, más allá de las diferencias político-ideológicas, había códigos, actitudes y formas de comportamiento que los homogeneizaban. Al mismo tiempo, esas coincidencias operaban como un mecanismo de exclusión para aquellos jóvenes que no compartían esas disposiciones y que, por ende, no se sentían tan cómodos con el funcionamiento y las actividades de la agrupación.

LA PRESENTACIÓN EN SOCIEDAD: DENUNCIA Y RECONOCIMIENTO

En las primeras declaraciones públicas los HJ se presentaron como los guardianes de la memoria que venían a recordarle a la sociedad que había habido una dictadura sangrienta que dejó un terrible saldo de desaparecidos, muertos, exiliados y presos políticos. En su carta de presentación afirman:

se darían ciertos excesos, como para designar peleas y situaciones de desorden generalizado. [...] El *bardo* aparece como una ruptura de ciertas estructuras internas, una especie de 'liberación' que se lograría a través de determinados actos y estados fundamentalmente corporales, ligados a la sexualidad, al consumo de estimulantes y marcados en alguna forma por el exceso. [...] En general el *bardo* parece implicar siempre una dimensión social, es decir, no es sólo un exceso realizado en forma particular, privada, sino que suele relacionarse con ciertas transgresiones o provocaciones hacia los poderes oficiales, a lo establecido. La práctica del *bardo* siempre conlleva esta idea de transgredir ciertos poderes, aunque sea provocando a algunos de sus representantes más característicos, en este sentido los relatos sobre el *bardo* incluyen provocaciones a las autoridades escolares, a la policía, es decir a elementos típicos del control social". (Citro, 2000).

"Esta sociedad es hija del silencio y del terror, y se pretende tender un manto de olvido sobre la historia de nuestro país. Nosotros no somos partícipes de este muro de silencio: queremos derrumbarlo." (Carta Abierta a la Sociedad Argentina. HIJOS, Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio, 1995.)

Este diagnóstico se articulaba con una particular mirada sobre el pasado que enfatizaba algunos acontecimientos y olvidaba otros. Al reconstruir la historia, los HJ se centraban en el silencio y la represión durante la dictadura, la impunidad de los responsables generada por la clase política y la desmovilización social de los tempranos años noventa. Su reconstrucción ocultaba el lugar relevante que tuvieron los DD.HH. durante la transición a la democracia y la fuerte adhesión de una parte importante de la sociedad a esos reclamos. El arduo trabajo de la CONADEP, el histórico juicio a las juntas militares o las multitudinarias movilizaciones en repudio a los indultos o las leyes del perdón prácticamente no aparecían en los primeros discursos de HJ, subestimando así la sensibilidad de vastos sectores de la sociedad argentina en estos temas.

Pero esta visión tan crítica y pesimista de la sociedad no tardó en modificarse. Por un lado, porque a partir de 1995 cambió parcialmente el contexto histórico y se revitalizó la lucha del movimiento de DD.HH. La propia creación de HJ contribuyó a esa revitalización. Por otro lado, porque desde sus primeras apariciones públicas los HJ pudieron descubrir y disfrutar del apoyo de mucha gente que participaba o simpatizaba con el movimiento de DD.HH. Constataron con sorpresa que sus ideas y reclamos no eran tan minoritarios como ellos habían creído en un principio.

Un dato que llama la atención al reconstruir la primera época de HJ es la rapidez con que lograron irrumpir en la esfera pública. A poco de haberse creado ya tenían acceso a algunos medios de comunicación, ocupaban la cabecera en las marchas y tomaban la palabra en los principales actos de derechos humanos, eran invitados a dar charlas en las escuelas, convocaban a sus propias marchas y realizaban sus homenajes. Esto revela la aceptación y el rápido reconocimiento social que encontraron en un sector importante de la sociedad. No eran simple-

mente un grupo de jóvenes más. Para muchos eran los hijos de las víctimas del terrorismo de Estado, para otros eran los hijos de aquellos militantes idealistas y comprometidos que en la década del setenta habían dado su vida para construir un mundo mejor. Herederos por partida doble recibían, de un lado, todo el prestigio y el reconocimiento que habían acumulado los organismos de DD.HH. en su lucha contra la dictadura, consagrado en el respeto a la figura del desaparecido que se extendía “naturalmente” a sus familiares directos. Por otro lado, eran los herederos del carisma de los heroicos militantes populares de la década del setenta. Probablemente, la primera herencia haya sido mayor y en una moneda mucho más aceptada socialmente que la segunda. De todos modos, ambas en conjunto representaban un capital simbólico considerable.¹⁸ Los miembros de HJ no tardaron en internalizar y usufructuar ese reconocimiento social. Tempranamente, se sintieron llamados a ocupar un lugar que estaban convencidos les correspondía por derecho propio. Creían que el sufrimiento por la ausencia de sus padres les daba derecho a exigir y a reclamar. Los legitimaba para ocupar un lugar en la esfera pública.

Entre los organismos de DD.HH., especialmente los de “afectados”¹⁹, la formación de HJ fue celebrada públicamente

¹⁸ Señalemos también que la política de la memoria del movimiento de DD.HH. en la transición a la democracia había sido tan contundente y efectiva que una década después, a mediados de los años noventa, resultaba muy difícil articular públicamente un discurso opositor que los descalificase por su condición de “hijos de subversivos”. Probablemente ese discurso que los hacía herederos de la violencia y los errores de sus padres haya existido de manera subterránea, pero siempre acotado a un sector minoritario de la sociedad. No se nos escapa que existían en este punto diferencias importantes según la región. En algunas provincias, como por ejemplo Tucumán, la situación era mucho más difícil, pero en Buenos Aires la posibilidad de impugnar públicamente a los familiares de los desaparecidos era mucho menor. Esto constituye también una diferencia importante con los otros países de la región, donde la posición de los familiares de las víctimas no alcanzó una legitimidad tan contundente.

¹⁹ Para un análisis de las diferencias entre dos tipos de organismos: los de “afectados” directamente por la represión (Madres, Abuelas, Familiares y Ex Detenidos-Desaparecidos) y los de “no afectados” (CELS, APDH, Liga, SERPAJ, MEDH) puede consultarse Jelin (1995).

como algo necesario y que contribuiría a fortalecer el movimiento (Gelman y Lamadrid, 1997). Los jóvenes eran percibidos como los responsables de tomar la posta y de continuar en la lucha por la verdad, la justicia y la memoria. Pero a la vez su aparición suscitó un cierto recelo, fundado en el ímpetu y las actitudes un tanto irreverentes con que esos jóvenes ocuparon la escena. Las pretensiones y aspiraciones de los HJ parecían un tanto desmedidas si se tenía en cuenta su breve trayectoria como organización. Los HJ, por su parte, estaban convencidos de que era necesario reformular las prácticas tradicionales del movimiento. Por un lado, proclamaban la necesidad de romper con una concepción limitada de los DD.HH. que los restringía casi exclusivamente a lo relacionado con la dictadura y los desaparecidos. Y por otro aspiraban a trascender lo que llamaban “el ghetto de los derechos humanos” para lograr vínculos más comprometidos con los sectores populares. Estas suspicacias y acusaciones cruzadas pueden ser leídas como parte de una lucha generacional, pero también como la clásica tensión entre ortodoxos y herejes que caracteriza las relaciones entre los más “viejos” y los recién ingresados en un campo.

Después de algunos años de “enfriamiento”, a mediados de los años noventa el tema de las violaciones a los DD.HH., se convirtió nuevamente en uno de los puntos centrales de la agenda política, tal como lo había sido en el período de transición a la democracia (Valdez, 2001). Este resurgimiento se apoyó en la movilización de una generación de jóvenes que no había participado en aquella experiencia anterior. La incorporación de las nuevas generaciones provocó cambios y un rejuvenecimiento en las prácticas y los discursos del movimiento de DD.HH.²⁰

²⁰ Sobre este punto cabe formular una aclaración. La incorporación de jóvenes, por importante que haya sido, no involucró más que a una proporción muy pequeña, si se la compara con el total de la población juvenil. No obstante, ese acercamiento de los jóvenes a distintos organismos de derechos humanos es altamente significativo porque se produjo en momentos en que muchos de los canales que tradicionalmente habían servido para incorporar a las nuevas generaciones a la participación política (juventudes de los partidos políticos, movimiento estudiantil, etc.) habían desaparecido o se hallaban completamente bloqueados. El compromiso con el movimiento

La aparición pública de los hijos de desaparecidos fue parte de ese proceso; no obstante, el fenómeno trascendió ampliamente a la propia formación de HJ. Paralelamente, se produjo una reactivación del tema en los colegios secundarios motorizada por los centros de estudiantes. Hubo también una participación más activa de los jóvenes en los organismos tradicionales. Quizás el caso paradigmático sea el de Abuelas de Plaza de Mayo, donde el ingreso de un grupo de jóvenes provocó una modificación sustancial, si no en los objetivos de la institución, sí en el mensaje y en la forma de transmitirlo.

Señalemos, para concluir esta parte, que el campo de los DD.HH. donde HJ buscaba inscribirse no era un espacio exento de tensiones. Había diferencias y desacuerdos profundos entre los distintos organismos, algunos más recientes, otros de larga data. La aparición de un nuevo actor suponía un reavivamiento de la lucha para conseguir acercar ese nuevo actor a las posiciones propias. Esto fue sin duda una fuente de celos y suspicacias. En el comienzo HJ procuró mantenerse al margen de las disputas, pero esa actitud de prescindencia no resultó una tarea sencilla, y las tensiones y conflictos propios del movimiento de DD.HH. terminaron atravesando a la agrupación.

En su primer año, los HJ desarrollaron un conjunto de actividades muy diversas. En octubre de 1995 convocaron a una marcha de repudio contra la asunción de Domingo Bussi como gobernador de la provincia de Tucumán y proclamaron el 29 de octubre como *Día Nacional de la Vergüenza*, intentando imponer su propia fecha en el calendario local de los DD.HH. Participaron en las tradicionales marchas de la Resistencia y en la conmemoración del vigésimo aniversario del golpe de Estado del 24 de marzo. También realizaron su propio acto con una marcha de antorchas desde Plaza de Mayo al Palacio de Tribunales.²¹ Concurrieron a escuelas y facultades a dar charlas y se

de derechos humanos sirvió como la puerta de entrada de algunos jóvenes a la militancia política, tal como ocurriría unos años más tarde con las organizaciones de trabajadores desocupados (piqueteros).

²¹ El objetivo era presentar un *habeas corpus* colectivo por sus padres. En esa ocasión los HJ fueron acompañados por alrededor de 10.000 personas.

comprometieron con actividades barriales. Publicaron solicitudes en el diario *Página/12* denunciando a "la iglesia cómplice" y a represores como Alfredo Astiz, y recordatorios colectivos en el día del padre o de la madre. Abrieron su propio periódico y un programa de radio para difundir sus ideas. Realizaron homenajes a personas u organizaciones que habían jugado un papel importante en la década de los setenta. Convocaron a un concurso de literatura infantil en ocasión de conmemorarse los 20 años del golpe²² y realizaron una encuesta a jóvenes de distintos barrios de Capital Federal y Gran Buenos Aires para ver cuánto sabían sobre la dictadura (*La Maga*, 20-3-1996).

Pero la actividad principal durante estos primeros años fue, sin dudas, la de ofrecer testimonio. Hasta ese momento, la imagen dominante de los desaparecidos era la de "hijos-jóvenes", encubriendo que muchos de ellos eran también padres y madres. El trabajo de Abuelas ponía el acento en este punto, pero al mismo tiempo inducía a pensar que los hijos de sus hijos eran bebés que habían sido apropiados por los secuestradores. La formación de la agrupación les otorgó visibilidad y pronto comenzaron a ser convocados desde distintos lugares (medios de comunicación, escuelas, cátedras de derechos humanos, encuentros de psicólogos) para contar sus historias.

Para la mayoría de los HJ, la posibilidad de empezar a hablar públicamente de sus padres, fue un fuerte impacto, ya que muchos habían crecido ocultando el secuestro de sus padres. Ahora podían dar su testimonio en voz alta sin temor a las reacciones de los otros y eran escuchados con respeto y hasta con cierta admiración. Comenzaban a sentir que era posible romper el silencio, lo que los sacó de esa posición marginal y clandestina en la que habían crecido. "Nunca lo había dicho en público. Cuando salí en la TV, lo que sentí fue que había salido de la clandestinidad" (Gelman y Lamadrid, 1997: 207).

El hecho de encontrar una audiencia tan receptiva los llevó

²² Se presentaron alrededor de 450 trabajos de distintos puntos del país, dando lugar a la publicación *Cuentos para soñar trotamundos. Cuentos premiados en el Primer concurso de literatura infantil y juvenil*. H.I.J.O.S., Buenos Aires, 1997, Colihue.

a modificar algunas de las posturas de "francotiradores" o de luchadores aislados con las que se autopercebían al principio. Resultaba difícil seguir sosteniendo el discurso de una sociedad ganada por el olvido y el silencio, cuando la agrupación no daba abasto para cumplir con los pedidos de muchas escuelas y centros de estudiantes que los convocaban a participar y a dar charlas sobre el tema, cuando la sola mención de su condición de hijos les abría puertas y les sumaba apoyos por doquier. En adelante, van a seguir cuestionando la impunidad surgida desde el Estado, pero se va a matizar más la opinión sobre la sociedad.

Si bien HJ nunca dejó de reconocer la importancia de dar testimonio, comenzó a cuestionar la recuperación que se hacía de los desaparecidos desde el lugar del dolor. Sus historias tenían un componente ineludible de desgarros y ausencias pero se quería evitar que esto se volviera el centro del relato para lograr así desprenderse de esa imagen de "los familiares" como personas tristes y llorosas.²³ El temor a que la integración en HJ significara quedar atrapado en un círculo de dolor es una idea que apareció en algunos hijos que eligieron no participar y sintetiza la dificultad de construir una identidad social basada en un hecho traumático del pasado. HJ va a intentar resignificarlo positivamente desplazando a sus padres del lugar de víctimas del terrorismo de Estado al de militantes comprometidos por un país más justo.

El período de transición a la democracia iniciado a principios de los años ochenta estuvo marcado por un discurso de los DD.HH. que ponía el énfasis en la denuncia de las violaciones cometidas por el gobierno militar. Se fue construyendo así la categoría de "detenido-desaparecido" para aludir a aquellas personas que habían sido secuestradas, torturadas y asesinadas, colocándolas claramente en el lugar de víctimas del terrorismo de Estado. El juicio a los ex comandantes, llevado a cabo en 1985, contribuyó a despolitizar o desdeologizar aún más a las víctimas (González Bombal, 1995).

²³ Esta no era una tarea sencilla porque el dolor es precisamente un componente fundamental de la legitimidad que poseen los familiares de las víctimas de la represión y los HJ en alguna medida también se apoyaron en ese aspecto para reclamar su lugar.

Al centrar la atención casi exclusivamente en la represión ocurrida durante la dictadura, tendió a silenciarse el período previo. A veces por razones ideológicas se hacía alguna referencia puntual al caos que habían sido los meses previos al golpe de 1976, pero la experiencia de las movilizaciones populares y de las organizaciones guerrilleras quedó completamente acallada. Nada se hablaba de los proyectos de cambio social que caracterizaron a ese período de efervescencia colectiva, ni de la opción por el uso de la violencia física que marcó a una generación. Así se creó una suerte de tabú sobre el tema. Al respecto, varios testimonios narran la indignación que provocaba en los familiares de desaparecidos cuando se les preguntaba si la víctima tenía alguna militancia o pertenecía a una organización armada. Esa dificultad no era exclusiva de los familiares sino que afectaba a la sociedad toda. Para tener una idea aproximada del silencio colectivo que pesó sobre ese período, basta con echar una mirada a la producción cultural. Entre 1983 y mediados de los años noventa, se realizaron en la Argentina varias películas de cine, algunas de ellas muy exitosas, que abordaban el tema de la represión o las condiciones en que se vivía bajo el terrorismo de Estado. Sin embargo, casi no se produjeron películas o novelas que describieran la militancia de los años setenta, las grandes movilizaciones populares, las operaciones guerrilleras o algún otro aspecto del período anterior a la dictadura. La ficción y la sociedad toda hicieron un largo silencio sobre el tema. Recién a mediados de los años noventa, comenzaron a aparecer libros y películas que trataban sobre la militancia política o los años previos al golpe. La aparición de HJ, sin ser el único factor, contribuyó a poner en cuestión esa lectura del pasado que silenciaba la época de la militancia y, por ende, privaba a estos jóvenes de una parte importante de la vida de sus padres.

La experiencia dolorosa de sufrir la desaparición de un familiar directo no era exclusiva de los hijos, pero la forma en que se procesa subjetivamente esa experiencia difiere según cuál sea la edad o la etapa de la vida en la que se encuentra un determinado individuo o grupo. Ludmila Catela sostiene que "a diferencia de los otros conjuntos generacionales, el foco de sus

relatos no iluminaba la búsqueda incesante de sus padres, sino el entender quiénes habían sido y qué motivó sus acciones políticas” (Catela, 2000). En tal sentido, los HJ se convierten en portadores de preguntas, necesidades e inquietudes que los llevan a resignificar la figura de los desaparecidos.

Al interrogarse por los proyectos y la militancia política de sus padres, redefinen su propia condición de hijos, pues ya no serán los hijos de las pobres víctimas del terrorismo de Estado sino que aspiran a ser los hijos de una generación que luchó por construir un país más justo y solidario.

Llegados a este punto, se impone una aclaración. Cuando los HJ reaccionan contra esta forma de memoria que colocaba a los desaparecidos en el lugar de víctimas pasivas, no se diferencian tanto de la posición de los otros organismos en ese momento sino de las posturas que éstos habían asumido en el pasado, durante la transición a la democracia. A mediados de los años noventa, más de una década después, los organismos habían modificado sus posturas iniciales y la reivindicación del carácter militante de los desaparecidos ya estaba instalada en el movimiento de DD.HH. Quizás, quien más tajantemente lo había planteado era el sector de las Madres de Plaza de Mayo liderado por Hebe de Bonafini con la consigna “30.000 desaparecidos. 30.000 revolucionarios”.

Esta similitud no debe ocultar las diferencias existentes: los HJ quieren conocer todo lo relacionado con la militancia de sus padres (cómo eran sus organizaciones, por qué objetivos peleaban) pero también sus aspectos más personales: ¿qué cosas les gustaban?, ¿cómo se reían?, ¿eran afectuosos con ellos? La reivindicación de los ideales y la entrega de sus padres no pone el énfasis en su condición de revolucionarios. Otra diferencia importante surge de cómo HJ se posiciona ante los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención. Para Hebe de Bonafini lo que engrandece a los desaparecidos no es sólo su militancia sino el hecho de haber dado la vida por sus ideales. Es ese sacrificio la medida de su grandeza. Este planteo la lleva a descalificar a los sobrevivientes que fueron liberados de los centros clandestinos de detención por sospechar que colaboraron con los represores, reeditando una suerte de “si apare-

ció por algo será”.²⁴ Vieja sospecha que no es exclusiva de este sector de Madres y que ayuda a comprender por qué las víctimas directas de la represión fueron muy poco escuchadas en el caso argentino. Los HJ en cambio se proponen una recuperación de la militancia de los años sesenta y setenta, en donde no se establece una distinción tajante y excluyente entre los que murieron y los que no, ya que a través de la reivindicación de los desaparecidos se busca rendir homenaje a todos los luchadores de esa generación. Esta concepción se expresa en la delimitación de la propia población que incluye a los hijos de asesinados y desaparecidos, pero también a los hijos de ex detenidos y de exiliados por la dictadura militar.²⁵

Desde el comienzo, los HJ buscaron acercarse a los compañeros de militancia de sus padres, pues ellos eran capaces de transmitirles datos personales y experiencias que difícilmente podrían hallar en otros grupos. Estos viejos militantes eran quienes más habían compartido la actividad política de entonces y podían por eso ayudar a reconstruir cómo eran los proyectos y las prácticas de las organizaciones de aquel período. Al acercarse a los ex detenidos y otorgarles la posibilidad de que contaran públicamente sus experiencias, los HJ les transferían parte de su legitimidad, los rehabilitaban socialmente para introducir una parte de la historia que había sido sistemáticamente acallada por los relatos “familiares” que se construyeron en el período de transición a la democracia.²⁶

²⁴ La cita está tomada de la carta en la que los ex detenidos desaparecidos rechazan las afirmaciones de Hebe de Bonafini de que los sobrevivientes de los campos de concentración estaban vivos por haber colaborado con los represores. La carta señala también que no es la primera vez que Bonafini realiza ese tipo de afirmaciones. *Periódico Madres de Plaza de Mayo*, núm. 150, marzo de 1998.

²⁵ En la Regional de HJ-La Plata, que era la que tenía posiciones más cercanas a Bonafini, el tema fue motivo de intensos debates y, finalmente, terminaron reconociendo como miembros únicamente a los hijos de desaparecidos y de asesinados. Esa regional fue una excepción, pues el resto de la red nacional siempre aceptó los cuatro orígenes.

²⁶ Esa rehabilitación terminaría de concretarse con la llegada al gobierno del presidente Néstor Kirchner en 2003, quien con su política de DD.HH. contribuyó a poner en primer plano a los militantes de la generación de los años setenta.

Lo anterior permite mostrar que el trabajo de construcción de la memoria no puede ser escindido de los conflictos y las tensiones que se dan en el presente. El sentido que en cada época se le busca dar a la figura del desaparecido depende de los debates que tienen lugar en la sociedad. A comienzos de la década del ochenta, cuando se procuraba reinstaurar el orden político y recuperar la legitimidad de las instituciones estatales profundamente deterioradas por el terrorismo de Estado, primó una construcción de los desaparecidos como víctimas de la violación de los derechos humanos más elementales. Esa recuperación del pasado permitía restablecer la juridicidad del orden político y, con ello, la imposición de límites basados en el derecho que debían ser respetados por todos. En la segunda mitad de los años noventa, el régimen político estaba consolidado pero se acentuaban las desigualdades sociales y económicas, a la vez que ganaban legitimidad y se generalizaban los reclamos y protestas sociales. En ese contexto, apareció la posibilidad de recuperar a los desaparecidos en clave de militantes que se organizaron para luchar por un país más solidario y con mayor igualdad.

Y también se pudo comenzar a reivindicar la existencia de algunas continuidades entre el pasado y el presente: la de las políticas económicas y del aparato represivo surgidas durante la última dictadura.

UNA PARTICULAR FORMA DE PROTESTA: LOS ESCRACHES

A comienzos de 1997, HJ organizó un repudio a Jorge Luis Magnacco (un ginecólogo que participó en sesiones de tortura y en la apropiación de niños en el centro de detención clandestina de la ESMA), quien trabajaba en un sanatorio privado de la Ciudad de Buenos Aires y en el Hospital Naval. Unas semanas antes, alrededor de 30 o 40 personas exigieron a las autoridades del Sanatorio Mitre que lo echaran. Ante la negativa inicial a sus reclamos, comenzaron a hablar con los empleados y pacientes del sanatorio explicando quién era y qué había hecho Magnacco. A la semana siguiente los HJ volvieron al lugar a insistir con el reclamo. Repartieron volantes, hicieron pintadas

y pegaron afiches con la cara del ginecólogo acusado de torturador. Con ello se buscaba sensibilizar a los vecinos y pacientes sobre la responsabilidad del médico en la apropiación ilegal de menores. Luego se dirigieron hasta su domicilio con el mismo objetivo: identificar su vivienda, repudiarlo y buscar la condena moral de parte de los vecinos. Estas actividades se repitieron durante cuatro viernes hasta que finalmente las autoridades del Sanatorio Mitre sacaron un comunicado en el que se informaba la separación de Magnacco de su cargo. (*Página/12*, 14-1-1997).

Si bien el primer día frente al sanatorio había miembros de diferentes organismos de DD.HH., especialmente de Abuelas y de HJ, fueron estos últimos quienes terminaron militando y apropiándose de la protesta. El balance de la movida fue muy positivo, pues no sólo se había conseguido echar a Magnacco, sino que además se obtuvo un fuerte apoyo de los empleados del sanatorio, de los pacientes y de los vecinos del barrio. Esa recepción tan favorable probablemente contribuyó a convencerlos de las potencialidades de esta forma de protesta. Identificar a un torturador que continuaba trabajando como ginecólogo era también un modo de mostrar que la impunidad no era cosa del pasado sino que sus consecuencias se prolongaban en el presente. El episodio de Magnacco quedaría grabado en la historia de la agrupación como "el primer escrache".²⁷

Un tiempo después hicieron lo mismo con otros represores, como Julio "el Turco" Simón, Juan del Cerro "Colores", Jorge Radice, Raúl Sánchez Ruiz, Jorge "el Tigre" Acosta. En la mayor parte de los casos se trataba de personas que, si bien habían tenido una participación directa en la represión, no eran muy conocidas por el conjunto de la población. Comenzaba así una práctica social capaz de canalizar y expresar la bronca y el rechazo suscitados por la impunidad de los delitos cometidos durante la dictadura.²⁸

²⁷ La identificación del repudio a Magnacco como un *escrache* fue una resignificación posterior pues en ese momento ni los medios de comunicación, ni los propios HJ lo definieron de esa manera.

²⁸ En los años siguientes, esa modalidad de protesta sería reapropiada por otros grupos sociales, incorporándose al repertorio de posibilidades dis-

Aparecía una forma particular y novedosa de construcción de la memoria: el *escrache*. *Escrachar* significa denunciar; poner en evidencia. Es una acción dirigida a romper con el anonimato (o la aparente normalidad) de un responsable de la violación de los DD.HH., haciendo públicos sus crímenes del pasado para provocar una condena moral en el presente.²⁹ La estrategia más frecuente fue identificar el domicilio de esa persona con pintadas alusivas, aunque también se publicitaba la fotografía de su rostro, el número de teléfono, el lugar donde trabajaba, el automóvil que usaba o ciertas prácticas habituales, como llevar a pasear al perro a la plaza o concurrir a determinado bar.³⁰

Las características y las formas de organizar los escraches fueron variando con el tiempo, pero el guión de la protesta era más o menos el siguiente: una vez que HJ decidía a quién se iba a escrachar, se verificaban sus datos básicos ("prontuario", dirección, número de teléfono, lugar de trabajo y, de ser posible, una fotografía actualizada). Luego se imprimían volantes y afiches con toda esa información y la convocatoria para el día del escrache, y se los distribuía en el barrio y en algunos puntos estratégicos de la ciudad (en colegios y facultades más comprometidos con el problema de los DD.HH.). Llegado el día,

ponibles a través de las cuales los individuos o grupos plantean públicamente sus exigencias o demandas a quienes se encuentran en el ejercicio del poder. Sydney Tarrow propone hablar de *modularidad* para referirse a "la capacidad de una forma de acción colectiva para ser utilizada por una variedad de agentes sociales contra una gama de objetivos, ya sea por sí misma o en combinación con otras formas" (Tarrow, 1994: 69).

²⁹ La práctica de los escraches constituye un medio sumamente eficaz para reinstalar, entre otros temas, el debate sobre la dictadura, sus consecuencias y la falta de sanciones efectivas para los que cometieron delitos aberrantes. Esta acción de protesta es un *nudo convocante* (Stern, 1998) en el sentido de que es capaz de alterar el orden y lo cotidiano, obligando a reflexionar, sentir y volver a prestar atención a ciertos hechos del pasado.

³⁰ No se nos escapa la marcada similitud que esta práctica social tiene con los "rough music", "charivari" o "cencerrada" tan comunes en la Europa de los siglos XVII, XVIII y XIX. Al respecto puede consultarse el análisis de Thompson (1995).

se concentraban en un lugar cercano, despleaban sus banderas y cuando reunían a una cierta cantidad de personas marchaban todos juntos por el barrio, entonando cánticos acusatorios contra el represor o las fuerzas de seguridad. Una vez enfrente de la vivienda del acusado, realizaban una parodia o representación teatral, o bien leían un breve discurso y luego procedían a marcar el domicilio con pintura. La cantidad de manifestantes era muy variable y podía oscilar entre las 300 y 2.000 personas. Si bien era posible encontrar entremezclados en la multitud a algunos viejos militantes, los que participaban eran casi exclusivamente jóvenes. Los escraches tienen una clara impronta generacional, no sólo por quienes asisten sino también por la forma de organizarlos y por los recursos expresivos que utilizan. Fue frecuente durante las marchas la apropiación de símbolos o elementos que formaban parte del paisaje urbano y su resignificación a partir de un contenido vinculado con el escrache. Por ejemplo, en los alrededores del domicilio del represor se colgaban carteles que imitaban el formato y la estética de las señales de tránsito oficiales, pero con dibujos o leyendas alusivas que advertían "CUIDADO a 200 mts. ASESINO SUELTO", con el nombre y dirección de la persona escrachada. También realizaban un mapa semejante al de las líneas de subterráneos pero marcando el lugar donde vivían los distintos represores. La incorporación de murgas, con su aporte de música, baile y colorido, contribuyó también a darle a la protesta un tono diferente del de una marcha política tradicional. A la presencia de las murgas se le sumaban personas disfrazadas, lanzallamas, malabaristas y grandes muñecos contruidos para la ocasión. Durante los escraches se realizaban también pequeñas representaciones teatrales para satirizar al represor o a las fuerzas de seguridad. Todos esos ingredientes le daban a la movilización un espíritu festivo, entre circense y carnavalesco, que nunca antes había tenido. La marcha debía servir para expresar alegría y satisfacción por el acto de repudio, o bien bronca y rabia por la impunidad, pero nunca dolor o tristeza.

En 1998, los escraches comenzaron a hacerse regularmen-

te, en forma más planificada y con mayor impacto público.³¹ Pero su repercusión social no se debió a su poder de convocatoria, relativamente limitada, sino a la amplia cobertura de los medios periodísticos. Ese año se produjo el “boom mediático” de los escraches.³² Los principales diarios del país escribieron editoriales sobre el tema y los programas informativos le dedicaron considerable espacio e inclusive llegaron a transmitirlos en vivo. Los organizadores comenzaron a tener en cuenta que el horario de la marcha coincidiera con el del noticiero central para asegurarse la aparición en directo, o se eligió escrachar a figuras reconocidas y que viviesen en lugares céntricos para tentar una mayor cobertura periodística.³³ Los escraches se volvieron la marca distintiva de la agrupación e inclusive impactaron sobre su lógica de funcionamiento interno.³⁴

El escrache continuó la política de denuncia de la impunidad que los organismos de DD.HH., aplicaban desde la sanción de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, y de los indultos. Pero también innovó ya que, a diferencia de las intervenciones de otros organismos que se canalizaban de manera institucional, HJ buscó desinstitucionalizar la protesta. Ya no

³¹ Durante 1998 y la primera mitad de 1999 se hicieron escraches a personas reconocidas que habían ocupado lugares clave en la última dictadura como Videla, Massera, Harguindeguy, Galtieri, Bussi, Martínez de Hoz o Suárez Mason. También se escracharon a represores de segunda línea no tan conocidos o que se habían hecho conocidos a partir del retorno a la democracia, como por ejemplo Rolón, Peyon, Etchecolatz, Bianco, Rico y Patti.

³² Para dar una idea de la repercusión alcanzada señalemos que el Anuario de uno de los diarios más importantes del país calificó a 1998 como “el año de los escraches”. *Anuario Clarín, 1998.*

³³ Todo esto a tal punto que, dentro de la agrupación, se estableció una distinción entre “los escraches mediáticos” y “de los otros”. No todos los escraches que se realizaron ese año fueron mediáticos, pero obviamente estos últimos fueron los que alcanzaron mayor visibilidad y terminaron eclipsando al resto.

³⁴ Hacia adentro de la agrupación, el boom mediático de los escraches sirvió para amortiguar y poner en suspenso por un tiempo las diferencias internas. Como pocas veces, la agrupación apareció unificada detrás de una actividad común.

era un reclamo dirigido al gobierno de turno, ni a ninguno de los otros poderes (Legislativo o Judicial), sino que colocaba el debate en el seno de la sociedad misma. Las movilizaciones se realizaban hacia los domicilios de los responsables de los crímenes y no hacia las plazas de Mayo, del Congreso o de Tribunales, como era habitual en otro tipo de protestas.

El surgimiento de los escraches puede ser explicado como una consecuencia de la debilidad estatal. A diferencia de lo ocurrido en otros países del Cono Sur, en Argentina el Estado juzgó y condenó a los comandantes de las juntas militares en un hecho cuyas repercusiones políticas y simbólicas trascendieron ampliamente el ámbito judicial (González Bombal, 1995). Pero después, parte de este camino se desanduvo al sancionarse las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y con los indultos presidenciales que restringían, impedían o anulaban el funcionamiento de la Justicia. Al dejar en libertad a los principales responsables de las violaciones a los DD.HH., quedó en evidencia la debilidad del Estado para imponer sanciones ejemplares y para construir visiones legítimas sobre el pasado reciente. La deslegitimación del Estado contribuyó a amplificar las voces que desde la sociedad se arrojan el derecho a narrar y construir una visión diferente del pasado, en tanto la lucha por la memoria es también una disputa por el reconocimiento y la legitimidad para hablar.

TIEMPO DE DESENCUENTROS

Todo actor colectivo tiene que resolver el problema de la representación. Los portavoces son los responsables de expresar las opiniones y posiciones del conjunto. Ese ejercicio de hablar *en nombre* de contribuye a constituir el grupo, al tiempo que legitima la posición de quien se presenta como representante de los intereses colectivos (Bourdieu, 1987). En HJ este tema siempre resultó delicado. Ya desde sus inicios se hizo explícita la intención de construir una organización *horizontal*, en la que no hubiera autoridades ni dirigentes formalmente constituidos. En una suerte de utopía rousseauiana imaginaban que la volun-

tad general sólo podría expresarse a través de lo resuelto por asambleas en las que participaran todos. Cualquier forma de mediación era percibida como un riesgo de desposesión de la voz colectiva. Esa resistencia a crear posiciones institucionales que favorecieran el desarrollo de liderazgos personales puede ser leída como un intento por evitar lo ocurrido con otros organismos de DD.HH. Preciso es decir también que tanto la idea de horizontalidad como la desconfianza frente a formas de organización centralizadas y burocráticas expresan claramente un clima de época. En particular, la militancia juvenil se mostró más proclive a adoptar estructuras organizativas laxas y flexibles, sin relaciones de subordinación o jerarquía entre sus miembros. Esa forma organizativa facilitó la coexistencia dentro de HJ de intereses y orientaciones políticas muy diferentes. Parte de esas diferencias giraban en torno de la posición que HJ asumiría en las disputas propias del movimiento de DD.HH.

En 1999, los conflictos se profundizaron y se hicieron públicos. Una iniciativa promovida por algunos organismos de DD.HH., de construir un memorial para los desaparecidos era rechazada por otra parte del movimiento (Vecchioli, 2001; Valdez, 2003). El eje principal de la disputa era quién tenía legitimidad o autoridad moral para hacer los homenajes. En este caso, los HJ junto con la Asociación de ex detenidos-desaparecidos se oponían a que el gobierno de la Ciudad, con De la Rúa al frente, participara de la creación de un monumento en homenaje a las víctimas cuando, por otro lado, éste había votado a favor de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final (*Página/12*, 26-3-1999). En la mañana del 24 de marzo de 1999, en ocasión de descubrirse la piedra fundamental del parque escultórico de la memoria, los HJ concurren al lugar a realizar un contraacto de repudio e insultaron a los presentes. La polémica continuó los días siguientes, en distintas notas o solicitadas publicadas por miembros de los organismos de DD.HH. en el diario *Página/12*. Por la tarde, se realizó el tradicional acto en el que se conmemora el aniversario del golpe militar. Los HJ participaron de la marcha, pero se retiraron antes de que concluyera y en una clara actitud de diferenciación se dirigieron junto

con los partidos de izquierda al Congreso Nacional para repudiar a los legisladores del Partido Justicialista y de la Alianza. La actitud de confrontación adoptada por los HJ en ambos actos constituyó un elemento novedoso, pues hasta ese momento la agrupación había mantenido una posición de relativa distancia frente a los conflictos internos del movimiento de DD.HH.

Este conflicto se dio en el marco de grandes tensiones dentro del movimiento de DD.HH. debido a la lucha político partidaria preelectoral. Uno de los ejes del discurso de HJ desde su formación fue denunciar a los partidos políticos mayoritarios por permitir la impunidad de los militares. Tonificados por el apoyo alcanzado con los escraches durante 1998, los HJ se sintieron con fuerzas para embestir contra buena parte de la clase política. Pero la legitimidad y el apoyo social con que contaban al denunciar a los represores de la dictadura no podían ser trasladados directamente al enjuiciamiento de políticos que, más allá de sus decisiones posteriores, también habían sido víctimas de la dictadura o habían participado activamente en la búsqueda de justicia. Acá el contraste entre “buenos” y “malos” no resultaba evidente y sus denuncias no generaban una adhesión automática como en el caso de los militares. Mucho más cuando esos políticos acompañaban iniciativas de otros organismos de DD.HH. En su afán de embestir contra algunos políticos terminaron enfrentándose con otros grupos de DD.HH.

La nueva posición de HJ con respecto al movimiento de DD.HH. repercutió dentro de la agrupación, profundizando las diferencias internas. Uno de los temas sobre los cuales existían diferencias era el papel que HJ debía desempeñar en el plano político. Algunos miembros creían necesario adoptar “una posición más combativa” y radicalizar los conflictos mediante la denuncia no sólo de los militares represores sino también de “los cómplices del golpe de Estado del '76, los grandes grupos económicos, sus ideólogos y los políticos que hoy como ayer se encargaban de hambrear, reprimir y explotar al pueblo”. Los planteos y procedimientos eran similares a los de los partidos de izquierda.³⁵ Pero la mayoría de los HJ no compartía esa for-

³⁵ El resto de la agrupación se refiere a este grupo como “los troskos”.

ma de construcción política y no faltaban quienes consideraban que reproducía la concepción de "vanguardia iluminada" que tan caro le había costado a las organizaciones políticas de los años setenta. Estas diferencias reaparecían una y otra vez en las discusiones internas de la asamblea, pero también en el tipo de acciones públicas que llevaban adelante.

En septiembre de 1999, cuatro miembros de HJ fueron invitados a un importante programa televisivo para discutir sobre el escrache a un ex comisario acusado de represor que había sido electo intendente con un alto porcentaje de votos. Una vez en el lugar, los HJ increparon duramente al conductor del programa al enrostrarle su pasado como ideólogo de los gobiernos militares y sus frecuentes contactos con asesinos y represores, llegando inclusive a insinuar la posibilidad de adoptar la lucha armada. El programa no pasó inadvertido (*Página 12*, 2-10-99) y contribuyó a crispar aún más las relaciones internas, pues la mayoría de los HJ no compartía muchas de las expresiones allí vertidas. Por otra parte, estos HJ habían decidido concurrir al programa sin consultar previamente a la asamblea. El incidente generó también tensiones con la red nacional de HJ, pues lo que ocurría en Buenos Aires repercutía en todo el país. Varias regionales del interior ejercieron una fuerte presión para que la regional Capital Federal resolviera su conflicto interno y pusiera "en caja" a quienes sostenían posiciones demasiado extremas que no eran compartidas por toda la agrupación.

En la práctica, el cuestionamiento a los participantes del programa no se centró tanto en el contenido de sus declaraciones, sino en haberlas hecho sin el consentimiento colectivo. Más que un debate estrictamente político, se planteó como una diferencia en la forma de construcción política. Se los acusaba de haber quebrado el principio básico de la horizontalidad al tomar decisiones o hacer públicas expresiones que no habían sido consensuadas previamente por todo el grupo. Esa situación derivó en la sanción de los miembros cuestionados, quienes decidieron abandonar la agrupación y crear una nueva a la cual bautizaron con el nombre HIJOS.³⁶ La adopción del mismo nombre para la nueva

³⁶ El nombre de la agrupación original es en realidad una sigla que sur-

organización constituía una clara jugada política: los hijos disidentes no estaban dispuestos a ceder el reconocimiento y legitimidad que la agrupación había acumulado en su breve historia. La decisión también revelaba la creencia de que el nombre pertenecía a todos los *hijos* y no sólo a quienes participaban de la agrupación. Era la relación familiar con los desaparecidos la que autorizaba a usar ese nombre, con independencia de cuál fuera la organización o el lugar en el que se encontraban.³⁷

La salida de los disidentes provocó cambios en el funcionamiento de HJ. Se modificaron los ejes de las discusiones y la forma de participar. Los debates ya no se planteaban como una pura confrontación entre posiciones políticas previas y las asambleas dejaron de ser una mera conformación de bloques a favor o en contra de una determinada propuesta. La salida de los disidentes dejó un HJ más homogéneo, aunque con un mayor desinterés por las discusiones políticas.

El tema de *la horizontalidad y la voluntad de consenso* se volvió también el nuevo valor de la agrupación, convirtiéndose en un criterio válido para planear actividades, criticar el comportamiento de un compañero o para decidir con qué organizaciones era oportuno relacionarse. La horizontalidad que puede definirse básicamente como un principio de organización en HJ se convirtió en un valor sustantivo: "*la HORIZONTALIDAD para nosotros no es una metodología, sino un principio político, uno de nuestros Puntos Básicos, que tiene la misma jerarquía que, por ejemplo, el Juicio y Castigo a los Genocidas*". (*HIJOS*, núm. 9, verano de 2001).

de *Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio* y por ende correspondía escribirla con puntitos (H.I.J.O.S.). Los disidentes le pusieron HIJOS como si fuese una palabra. Pero lo cierto es que hasta ese momento siempre se había hecho referencia a la agrupación HIJOS sin utilizar los puntitos, con lo cual el nuevo nombre se convirtió en una fuente de constantes confusiones.

³⁷ En respuesta a una nota periodística en la que se los acusaba de utilizar el mismo nombre para generar confusión, los HIJOS disidentes afirmaban: "Parece una perogrullada, pero en verdad la condición de hijo es un estado más que un nombre". ("En respuesta a la botoneada de Verbitsky", en *HIJOS*, año I, núm.2, diciembre-enero de 2002. [En este caso se trata del periódico de los disidentes, que también se llama *HIJOS*.]).

Este énfasis modificó también la forma en que HJ se presentaba ante la sociedad. Por un lado, se extremaron los cuidados para que los portavoces de la agrupación cambiaran frecuentemente. Por otro, se generó una censura y autocensura muy fuerte con respecto a las declaraciones en nombre de HJ. A su vez en el funcionamiento interno se sustituyó la votación en las asambleas por la búsqueda del consenso entre los asistentes. Esto convierte a la capacidad de convencer a los otros, a través de la argumentación o por ascendencia personal, en un recurso valiosísimo dentro de la agrupación. Esta lógica de funcionamiento "por consenso" encubre una fuerte tendencia a la uniformidad al tratar de impedir que se consoliden las diferencias internas y busca presionar a quienes sostienen posiciones minoritarias a que se sumen a lo resuelto por la mayoría. Resulta un dato interesante esta construcción de una regla de procedimiento que refuerza las tendencias centrípetas en una organización que se piensa sin centro. Por otra parte, es factible suponer que esta lógica política tenga un efecto estabilizador y moderador sobre las propuestas y discursos de la agrupación. El propio principio organizacional que se terminó adoptando puede ser leído como un triunfo de los moderados sobre quienes sostenían posiciones más radicales o extremas.

Luego del conflicto con los disidentes se volvió a reflotar la posibilidad de permitir el ingreso de aquellas personas que sin ser hijos de desaparecidos, de asesinados, de ex presos políticos o de exiliados compartían los lineamientos políticos de la agrupación y expresaban su voluntad de militar. Este debate sobre la conveniencia o no de "abrir la población" ya se había planteado antes, pero nunca se alcanzó un consenso suficiente. Cada regional tenía plena autonomía para decidir sobre este punto: algunas admitieron desde el comienzo el ingreso de personas que no eran hijos de víctimas directas de la represión, otras comenzaron siendo "población cerrada" y luego se abrieron unos años más tarde. En la regional Capital había existido desde el primer año un grupo o "frente de apoyo", a través del cual se canalizaban los esfuerzos de militancia de aquellos jóvenes que no eran hijos y querían colaborar con la agrupación. A fines de los años noventa había algunas personas que llevaban un largo

tiempo participando activamente en las tareas de la agrupación sin disfrutar de los derechos y prerrogativas que tenían los miembros plenos. Básicamente, no podían participar de las asambleas, que era donde se tomaban las decisiones, ni podían representar a HJ en charlas, mesas redondas o actos públicos. Esto creaba una situación incómoda, pues establecía una suerte de discriminación o jerarquía entre personas que compartían las actividades de militancia cotidianamente. En ese sentido, la reivindicación de la *horizontalidad* como un valor central de la agrupación jugó objetivamente a favor de permitir la apertura porque resultaba cada vez más difícil aceptar que algunas personas trabajasen a la par de los HJ y no tuvieran ninguna capacidad de decisión sobre sus actividades.

La resistencia a permitir la incorporación de quienes no eran hijos se basaba en temores de dos tipos. Por un lado, los preocupaba que se produjera un acercamiento masivo de muchos jóvenes, lo cual superaría sus capacidades de recepción y los colocaría siempre al borde de perder el control de la agrupación. Este miedo resultó ser infundado, y cuando finalmente las puertas se abrieron sólo se acercó un número reducido de personas que por lo general ya habían tenido un contacto previo o conocían a algunos de los miembros.³⁸ El otro reparo se expresaba en "el miedo a perder la identidad", a que se diluyera lo que era "propio de los hijos". Algunos intuían que la incorporación de personas que no habían sufrido la ausencia de sus padres podría deslegitimar su propia posición frente a la sociedad, pues "cuando desde un colegio te llaman para ir a dar una charla no están convocando simplemente a HJ como movimiento político, también quieren que vayas a dar tu testimonio a contar cómo convertiste el dolor en energía, un motor de la acción. Alguien que no es hijo no podría contar eso, sería como una farsa". Es evidente que la discusión no era simplemente por los límites de la población sino que estaban en jue-

³⁸ Desde que se abrió la población se calcula que aproximadamente unas 25 o 30 personas que no son hijos pidieron el ingreso a la agrupación, aunque no todos ellos continuaron militando posteriormente.

go aspectos fundamentales tales como la definición de qué es HJ y cuál debía ser su política en el futuro.

En los comienzos de la agrupación, la idea era que los hijos eran diferentes del resto, pues compartían una experiencia única y se podían comprender con sólo mirarse. Pero con el devenir de los acontecimientos, esa idea de comunidad fue perdiendo fuerza. Las disputas se profundizaron y los momentos en que lograban fundirse en un único grupo —por ejemplo a través de las fiestas o rituales colectivos— eran cada vez más aislados. La escisión de los disidentes expresó ese debilitamiento del sentido de comunidad. Ahora los “hermanos” se habían peleado ostensible y ruidosamente, y utilizaban categorías políticas para descalificarse unos a otros. Por primera vez quedaba de manifiesto que les resultaba más fácil entenderse con otros militantes que adherían a la causa sin ser hijos (los grupos de apoyo) que con otros hijos (los disidentes). Se hizo evidente que la relación filial con los desaparecidos no era ya una razón suficiente para compartir el mismo espacio grupal. La salida de los disidentes permitió, junto a otros factores, que HJ se pensara más como una agrupación política y menos como una familia.

La posibilidad de incorporar a otras personas que no eran hijos de ninguno de los cuatro orígenes obligó a discutir qué condiciones se iban a exigir para permitir el ingreso y cuáles deberían ser las características de un militante de HJ. En los hechos no hubo impedimentos y, tanto los hijos como quienes no lo eran, pudieron ingresar con sólo manifestar su conformidad con los lineamientos políticos de la agrupación. Paradójicamente, la apertura provocó el acercamiento de algunos hijos que no se habían incorporado en la primera época de HJ por estar en desacuerdo con esa concepción de la identidad que trazaba una línea tajante entre quienes eran hijos y el resto.³⁹ Es-

³⁹ Algunos entrevistados recuerdan el malestar que les produjo ese discurso, al que consideran “biologicista” y de una “increíble estrechez política”. Un entrevistado señaló que ese primer discurso de HJ no hacía más que “reproducir el eterno error en el que nos metieron algunos organismos de DD.HH. de pensar que los desaparecidos son de nuestra propiedad”.

tos hijos consideraron la apertura de HJ como un cambio que volvía interesante la participación en ese espacio. Objetivamente, estos hijos recién ingresados y una parte de quienes se incorporaron como “población abierta” bregaron a favor de que HJ se definiera como una forma de construcción política, con una activa militancia en pos de ciertos objetivos y no únicamente como la voz del grupo de jóvenes que había perdido a sus padres en el pasado.

DOS CONCEPCIONES CONTRAPUESTAS: ENTRE LA MILITANCIA POLÍTICA Y LA CORPORIZACIÓN DE LA MEMORIA

En los últimos años creció la tensión entre dos posiciones distintas con respecto a lo que debe ser HJ. Una postura busca convertir a HJ en un espacio más institucionalizado, a efectos de mantener y reforzar la identidad en tanto hijos de desaparecidos, asesinados, exiliados y de ex presos políticos. El fin es ocupar su lugar en la foto de los organismos de DD.HH. y seguir siendo una voz legítima que interpele a la sociedad sobre temas que son de su competencia. Para lograrlo aspiran a constituir un HJ más homogéneo, con menos conflictos internos y capaz de ofrecer una efectiva contención a los hijos que allí acuden. Plantean la necesidad de reforzar los vínculos entre los miembros y mantienen una postura más “ombiguista”, ya que la mayor parte de las discusiones y actividades están centradas en la propia agrupación. Aceptan la necesidad de trabajar con otras organizaciones sociales y de abrirse a otros sectores de la comunidad, pero advierten una y otra vez sobre el peligro de “perder la propia identidad”, lo cual los lleva a enfatizar el carácter y la particularidad de su condición de hijos.

La otra posición plantea un HJ más abierto y en contacto con la comunidad, capaz de llegar a la gente para explicarle los objetivos de la agrupación y ganarla para “la causa”. Insisten en la necesidad de realizar un trabajo territorial que les permita tomar contacto con los problemas de un barrio y hacerse reconocer por los vecinos. En sintonía con la idea de reconstruir los lazos sociales destruidos por la dictadura, esta posición pro-

pone articular acciones con otros grupos u organizaciones sociales "del campo popular" para sumarlos a la lucha de HJ, pero también para atender a sus particularidades y apoyar sus reclamos específicos. Buscan convertir a HJ en un promotor de la política en sentido amplio. Desde esta perspectiva, el principal peligro es que HJ se "institucionalice" como ocurrió con los otros organismos de DD.HH. Para evitarlo, proponen tomar distancia de las prácticas más "ombiguistas" y reclaman un mayor compromiso y una activa militancia política y social.⁴⁰

Un tema que diferencia claramente a ambas posiciones es la actitud que adoptan frente a los actos y conmemoraciones propios del movimiento de DD.HH., como por ejemplo las marchas de la resistencia o las movilizaciones del 24 de marzo. Quienes se encuentran cercanos a la primera posición le atribuyen una trascendental importancia y proponen participar activamente en las discusiones y en la organización de esos actos. Les resulta difícil imaginar siquiera que HJ no se involucre directamente en esas actividades tan caras al conjunto del movimiento de DD.HH. A la vez consideran que esos son momentos propicios para difundir sus ideas y tratar de contactar a otros hijos que no participan de la agrupación. Quienes se ubican en la posición contraria tienden a desvalorizar esos eventos al plantearlos como una mera representación o escenificación desprovista de sentido. Les restan toda importancia como acción política pues consideran que sus efectos quedan acotados al estrecho círculo de lo que ellos llaman "el ghetto de los DD.HH.". Sostienen que los verdaderos lugares de participación y de lucha están hoy en otros lados. Esto no supone aban-

⁴⁰ Un ejemplo que puede servir para mostrar las diferentes concepciones es la manera de festejar el *Día del niño*. En 2001, algunos miembros de HJ organizaron una fiesta para los niños de hijos de desaparecidos, en la que se colgó un cartel muy grande que decía NIETOS con letras dibujadas en distintos colores. La invitación se hizo extensiva a los chicos de aquellos hijos que no militaban en la agrupación y la idea era utilizar esa actividad como una forma de establecer contactos e intentar acercarlos. Otros miembros cuestionaron fuertemente el carácter "ombiguista" de la reunión, pues consideraban que se debió haber organizado alguna actividad con los chicos del barrio, como forma de abrirse a los vecinos y de crear lazos con la comunidad.

donar completamente los valores o postulados básicos del movimiento de DD.HH., pero creen que el esfuerzo de HJ debe estar puesto en extender esos principios a aquellos sectores a los cuales el discurso "de clase media" de los otros organismos nunca llegó.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Cuando comencé esta investigación tuve una charla informal con un hijo de desaparecidos que sólo participó en la agrupación en algunas de las primeras reuniones. No era una entrevista para mi trabajo, ni siquiera un informante clave, pero en esa breve charla esta persona expresó, con un tono de censura y quizás como justificando su no pertenencia al grupo, "uno no puede construirse una identidad como hijo de desaparecido, no podés convertir a la desaparición de tus viejos en lo más importante que te pasó en la vida". Cierta sentido común compartido me hizo adherir a esta idea que sonaba lógica y razonable. La construcción de una identidad anclada en lo que nosotros percibíamos como un hecho trágico del pasado conlleva el riesgo de convertirse en una suerte de *corset* capaz de limitar o restringir las posibilidades de crecimiento y desarrollo individual. ¿Colocar la tragedia de sus padres en la base de la identidad propia no implica de algún modo condenarse a una posición pasiva? ¿Podrían estos jóvenes sumergirse en las turbulentas aguas del pasado sin resignar por ello la capacidad de ser agentes de su propia historia?

Al analizar el problema de cómo se construye y se transmite la memoria, Elizabeth Jelin advierte sobre la existencia de "un doble peligro histórico: el olvido y el vacío propuestos desde la política, y su complemento, la repetición ritualizada, sin transformación simbólica, de la historia siniestra y traumática de la tragedia, reapareciendo permanentemente, sin posibilitar la creación de nuevos sujetos y nuevos significados" (Jelin, 1995). Estos eran los riesgos a los que se enfrentaban los miembros de HJ.

¿Podría alguien seriamente pedirle a estos jóvenes que olvidaran su pasado? En caso contrario, ¿cómo hacer para que la recuperación del pasado no se convierta en un lastre capaz de

hundir sus proyectos más ambiciosos? En particular cuando ese pasado estaba plagado de hechos trágicos o traumáticos y, a la vez, se había conformado una política de la memoria que tendía a volver una y otra vez sobre sus aspectos más perversos.

En un breve e interesante ensayo, Todorov (2000) sostiene que la recuperación del pasado es algo indispensable; sin embargo, plantea algunas dudas con respecto a la utilización que se hace de la memoria, es decir, al papel que se le atribuye al pasado en el presente, pues no todo recuerdo es igualmente loable. En un esfuerzo por distinguir el "buen" y el "mal" uso del pasado, Todorov propone una diferenciación entre la *memoria literal* y la *memoria ejemplar*. En la primera, el acontecimiento es preservado de manera literal, permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo. El trabajo de la memoria apuntará a identificar a las personas vinculadas a la causa del sufrimiento inicial y las consecuencias de esos hechos serán extendidas a todos los instantes de la existencia. En la memoria ejemplar, el suceso es recuperado como una manifestación más general, y se lo usa como un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes. El recuerdo se abre a la analogía y a la generalización. El pasado se convierte así en un principio de acción para el presente. Todorov aprovecha para señalar que la memoria literal, sobre todo cuando es llevada al extremo, se convierte en portadora de riesgos, mientras que la memoria ejemplar es potencialmente liberadora.

A la luz de este trabajo de investigación podemos afirmar que los HJ han conseguido escapar de la conmemoración repetitiva y ritualizada del pasado. Han hecho un esfuerzo por recrearlo y reinventarlo activamente a partir de sus necesidades personales y colectivas actuales. Sus intervenciones en la esfera pública contribuyeron a introducir preguntas o inquietudes sobre el pasado más acordes con sus necesidades, anhelos y expectativas. Uno de esos aportes fue la recuperación del momento de militancia política y social de sus padres, con sus particularidades y diferencias, con sus ambigüedades y contradicciones.

Al trazar una línea de continuidad entre el proyecto so-

cioeconómico impuesto por la dictadura y el de los gobiernos democráticos posteriores, el discurso de HJ buscó inscribir las movilizaciones y protestas actuales en contra de las políticas neoliberales como prolongación de las luchas de sus padres. Sin embargo, la pretensión de articularse con otras organizaciones sociales para intervenir políticamente se vio limitada por su propia definición como un organismo de derechos humanos. La apelación a su condición de hijos de desaparecidos les otorgaba una fuerte legitimidad para intervenir en aquellos temas propios del movimiento de DD.HH., pero ésta se diluía cuando la intentaban volcar hacia otras cuestiones. En este sentido, HJ quedó atrapado en una situación paradójica.

A la hora de evaluar el aporte de HJ a la construcción y transmisión de la memoria sobre el pasado reciente en la Argentina, tal vez los aspectos más innovadores no radiquen en el contenido de lo que se rememora sino en el lenguaje utilizado para expresar colectivamente esa memoria. La práctica del escrache es el mejor ejemplo de ello. Por la riqueza performativa, por la centralidad que otorga a las imágenes y a la música, por la capacidad para reapropiarse y resignificar símbolos y objetos, por el desplazamiento de la palabra a un segundo plano, por el espíritu *bardero* y transgresor que lo inspira, la aparición del escrache contribuyó fuertemente a transformar las expresiones de protesta en la Argentina. Estas transformaciones tienen una clara impronta generacional, en el sentido de que no pueden ser comprendidas sino como parte de un lenguaje y una cultura juvenil. Los HJ consiguieron inventar una particular forma de intervención pública y de construcción de la memoria con códigos y recursos que resultan muy cercanos y familiares a las nuevas generaciones.

En un contexto de marcada apatía e indiferencia hacia lo que ocurría en el mundo de la política como el que caracterizó a la Argentina de mediados de la década de los años noventa, HJ supo crear una forma de acción colectiva capaz de despertar la adhesión de la población juvenil. Esa atracción no se debió solamente a la utilización de códigos comunes, sino que los escraches lograron expresar un fenómeno social más amplio: la

insatisfacción y la inconformidad de los jóvenes frente a la sociedad que les tocó vivir.⁴¹ Los escraches no fueron percibidos como una acción política tradicional sino como una vía para expresar su bronca e indignación frente a una situación que consideraban inaceptable.

⁴¹ Para un análisis de las sensibilidades políticas y sociales de los jóvenes en la década de los años noventa puede consultarse Sidicaro y Tenti (1998). Sobre la relación entre la práctica de los escraches y el escepticismo y la alienación de la cultura juvenil, puede verse Steve Stern (2002).

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, Pierre (1987), "La delegación y el fetichismo de lo político", en *Cosas Dichas*, Barcelona: Gedisa.
- Calhoun, Craig (1999), "El problema de la identidad en la acción colectiva", en Auyero, J. (comp.), *Caja de Herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Citro, Silvia (2000), "Estéticas del rock en Buenos Aires: Carnavaliización, Fútbol y Antimenemismo", en *Serie Estudios*, núm. 4, Porto Alegre.
- Corradi, Juan (2001), "La memoria como bien público global", en *Puentes*, año 1, núm.3, marzo.
- da Silva Catela, Ludmila (2000), "De eso no se habla. Cuestiones metodológicas sobre los límites y el silencio en entrevistas a familiares de desaparecidos políticos", en *Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 24, Barcelona.
- da Silva Catela, Ludmila (2001), *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*, La Plata: Al Margen.
- Filc, Judith (1997), *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*, Buenos Aires: Biblos.
- Gelman, Juan y Lamadrid, Mara (1997), *Ni el flaco perdón de Dios. Hijos de desaparecidos*, Buenos Aires: Planeta.
- González Bombal, Inés (1995), "'Nunca más': el juicio más allá de los estrados", en Acuña, Carlos y otros, *Juicios, castigos y memorias: derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Jelin, Elizabeth (comp.) (1985), *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Jelin, Elizabeth (1995), "La política de la memoria: el movimiento de derechos humanos y la construcción democrática en la Argentina", en Acuña, Carlos y otros, *Juicio, castigos y memorias: derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires: Nueva Visión.